

La torre de San Sabas contiene un oratorio dedicado á San Simón Estilita y una biblioteca con gran número de manuscritos. Al bajar de la torre llégase, siguiendo varias escaleras y pasadizos, á un patio que sirve de cementerio á los monges; en el centro álzase un oratorio, rematado en cúpula y consagrado á San Sabas, donde se veneró en otro tiempo el cuerpo del Santo, cuyas reliquias fueron después trasladadas á Venecia.

A corta distancia vese otra iglesia de reducidas proporciones bajo la advocación de San Nicolás; labrada casi toda ella en la peña, data, á lo que se cree, de la época en que fué fundado el monasterio, y en una de sus capillas muéstranse amontonadas, detrás de una verja de hierro, algunos centenares de calaveras que pertenecieron á otros tantos monjes martirizados por los soldados de Cosroes. Al este está situada la iglesia principal; de forma rectangular, mide cuarenta y dos pasos á lo largo por catorce á lo ancho. Exceptuando los estribos exteriores y seguramente también la cúpula, todo lo demás es obra de Justiniano. El *narthex*, sin duda por exigirlo así el terreno, en vez de mirar al ocaso está colocado al septentrión, y aunque de época remota tiénese por posterior á la iglesia propiamente dicha, cuyas paredes están adornadas con antiguas pinturas bizantinas de ejecución grosera, pero de muy interesante estudio. El embaldosado de la nave, formado con mármoles negros y rojizos, es moderno lo mismo que el *iconostasis*, ó tabique que en las iglesias griegas separa el *hagion* del *catholicon*, ó sea nave reservada á los fieles; bellos cuadros con profusión de dorados la embellecen, y han sido ofrenda del emperador de Rusia, así como dos grandes campanas cuya voz resuena magestuosa entre el silencio del desierto y es llevada por los ecos del Cedrón hasta las orillas del mar Muerto.

Otros santuarios son la capilla de San Juan Damasceno, la de San Jorge y la de San Pedro y San Pablo.

Contiene la primera la celda y el sepulcro de Juan de Damasco, nacido en la ciudad que le da nombre en el año de 676. Allí fué donde compuso las diferentes obras que le dieron fama de sapientísimo teólogo y firme defensor de la Iglesia, con furor combatida por la herejía iconoclasta; allí murió de edad muy avanzada en el año de 780, y fué sepultado en la misma celda en que pasó largos años al estudio y á la meditación.

La capilla de San Jorge no ofroce cosa digna de notarse. La última, ó sea la de San Pedro y San Pablo, fué el oratorio predilecto de San Sabas, quien tenía por celda una cueva natural inmediata. Dice la tra-

dición que en ella tuvo por algún tiempo á un león por fiel é inseparable compañero.

Los extranjeros que visitan el monasterio (su número es muy crecido en los días de la Pascua, á causa de la gran afluencia de peregrinos griegos y rusos en la ciudad santa), reciben hospitalidad en espaciosa hospedería. En ella se sirve constantemente de vigilia, pues no entran carnes en el monasterio.

Profesando la regla de San Basilio, los monjes de San Sabas, que en el día no son veinte y son griegos cismáticos, viven sometidos á muy austero régimen y á frecuentes ayunos. Llenadas las diarias obligaciones de su regla y aquellas que á veces les ocasiona la recepción de huéspedes, su principal ocupación consiste en el cultivo de reducidos huertos, cuya tierra ha debido ser traída de fuera, ya que las laderas en que el monasterio está cimentado no son más que áridas peñas. Estrechos tablares en los que verdean el tomillo, la salvia y la albahaca, grupos de naranjos, higueras y granados embellecen y dan como un rayo de vida á tanta esterilidad, y entre aquellos árboles descuella y es notable una añosa palmera de la que se dice haber sido plantada por el mismo San Sabas. Otra distracción, no menos inocente que la anterior, tienen los monjes en los mirlos de amarillentas alas y en las palomas que en gran número revolotean por los alrededores y acuden mansas á posarse en sus hombros y á comer en sus manos. Religiosos hay que en memoria del cariño que profesó San Sabas al león su compañero y comensal, tienen por costumbre arrojar de cuando en cuando al valle del Cedrón pedazos de pan para que los coman los chacales y otros animales que acuden de noche á beber al barranco por donde corre el agua de inmediata fuente, lazo fraternal allí establecido y perpetuado de edad en edad entre el hombre y las fieras.

Lleva aquella fuente el nombre de *Ain mar-Saba*, y dícese que brotó milagrosamente oyendo Dios las oraciones del santo fundador. Situada fuera del recinto y al pie del monasterio conducen á ella una serie de escaleras que desde la torre grande se corresponden y se enlazan entre sí por medio de muchos pasadizos y no pocas revueltas, y una vez se llega por tal camino á la panadería, situada en un ángulo del piso inferior del edificio, se interrumpe de pronto la escalera y para seguir bajando hay que aplicar á una ventana una escala, la cual establece ó rompe toda clase de comunicación entre el monasterio y el torrente. Por este medio, que los monjes sólo emplean cuando ven libres las cercanías de árabes merodeadores, se llega á otra escalera que desde cuatro metros más abajo guía hasta el lecho del Cedrón. Allí, en una

pequeña gruta, nace fresco y límpido manantial cuyas aguas, después de llenar un reducido estanque, corren por el cauce del torrente. No hay otra fuente en los alrededores ni tampoco existe ninguna dentro del recinto del monasterio; tiene éste, sí, varias cisternas en que se recogen las aguas pluviales.

Tal es la descripción rápida del famosísimo cenobio que de tan original manera se levanta entre montes peñascosos en que parece que nunca el hombre podía sentar la planta y mucho menos establecer su morada.

Al salir del hospitalario monasterio y al emprender el camino hacia el Sud, á cada paso se hace el terreno más quebrado y toma más solemne y pavoroso aspecto: barrancos más y más profundos descienden entre tajadas peñas hasta abismos que no pueden mirarse sin espanto. De vez en cuando, al llegar á la cima de un otero divisase el mar Muerto por entre las quiebras de los montes: iluminado por los rayos del sol muéstrase á lo lejos brillante como inmenso lago de metal fundido; no parece sino que el fuego encendido por la cólera de Dios está ardiendo todavía. Aquella tierra de color ceniciento, sin la menor sombra, sin un árbol, sin un tallo de hierba; aquellas rocas, unas blancas como tiza y pálidas y relucientes otras como un espejo; aquel país abrasado y removido hasta lo más hondo, aquella desolación infunde asombro y pavor y llena el alma de tristeza.

Llégase en breve á uno de los puntos más interesantes del globo, esto es, al borde de la enorme depresión del mar Muerto: el viajero se encuentra al mismo nivel del Mediterráneo, y mira á sus pies elevadas montañas cuya cima apenas lo alcanza. La violencia de los vientos, el ardor del sol y la falta de agua hace que la carencia de vegetación sea absoluta, así como efecto deben ser del profundo trastorno por aquella tierra experimentando las hondas quebradas en las que mugen en invierno bullidores torrentes y por las cuales vagan seguras las culebras y las fieras. La región en que ahora estamos pertenece á aquella serie de desiertos que llegando hasta las cercanías de Jerusalén se extienden por el Oeste del mar Muerto y se enlazan por el Mediodía con las soledades de la Arabia.

Otra vez se encuentra el viajero en medio del desierto: otra vez pisa el país de los beduinos, cuyas negras tiendas, destacándose de vez en cuando sobre el color ceniciento de la tierra, anuncian que una de aquellas tribus nómadas ha fijado por algunos días su estancia en el camino que le toca recorrer. Al divisarlos ladran los perros, las mujeres y los niños salen á ver pasar los viandantes, mientras que uno ó varios

hombres de ojos centellantes, de tez cobriza y agreste fisonomía á la que unos dientes muy blancos y muy largos imprimen cierta expresión de ferocidad, adelántanse como para reconocerles.

«Su paso mesurado y lento, escribe un observador, su firme actitud, el fuego de su mirada que brilla debajo de pobladas cejas, su barba larga y escasa, y aun más que todo el resuelto continente del árabe y aquel arsenal de pistolas y puñales amontonados en su ancho cinturón de cuero forman un conjunto que no puede verse sin involuntaria sorpresa. No deja de ser bello aquel marcial y agresivo aspecto que comunica á un hombre solo el mismo aire determinado que si se llamara legión. Con el fusil en la mano y muchas veces con el dedo en el gatillo, parece estar pronto á disparar sin más ley que su voluntad.

»De cuando en cuando asoma en el campo un grupo de jinetes que podría tomarse por verdadera imagen de la guerra. Firmes en los estribos, tocando apenas á sus estrechas sillas, parecen siempre dispuestos á lanzarse al galope. Holgado albornoz los cubre; en su cinturón brillan las armas y llevan larga y acerada lanza. ¡Infeliz del viajero á quien se le antoja sujetar á rescate! La resistencia sería inútil y quizás funesta, pues nada significa para ellos la vida de un hombre. Los beduinos parece haber nacido para los combates, y dar la muerte, aunque sea asesinando, es á sus ojos cosa de poco momento.»

No obstante se siente hacia esos hombres algo semejante á benévola admiración; la independencia, la varonil altivez del hijo del desierto agradan y cautivan. «El beduino no arraiga en la tierra, y sin inquietarse por las cosas necesarias para la vida, que para la suya son muy pocas, se dirige adonde el instinto le lleva. Ignorante de las exigencias de la civilización, la cama, los muebles, una sólida techumbre son para él cosas superfluas. Un turbante para su cabeza, una camisa para su cuerpo y algunas veces sandalias, en esto consiste todo su equipo. Sin temor y sin pena expone al ardiente sol de Asia, su rostro atezado y sus fornidos miembros, una roca es su mesa; cuando se siente fatigado ó el sol transpone el horizonte se tiende en el suelo; sus armas le sirven de almohada, la bóveda del cielo le ampara, y se duerme tranquilo. La inmensidad es su morada.»

Tales son los hombres que se encuentran en la expedición al Jordán: para el viajero aislado han de ser siempre temibles; pero con regular escolta, pagando tributo al jefe de la tribu y llevando cartas de un cónsul francés ó inglés, no hay que temer de ordinario que suceda un contratiempo. Allí más que en otro país los lances peligrosos se sortean casi siempre felizmente con serenidad y entereza, pero importa no re-

currir á las armas sino en caso de necesidad. Quien dispara contra un beduino contrae una deuda de sangre con la tribu entera, y dicho se está que la venganza en el desierto, donde no se conoce otra justicia, es una obligación sagrada.

Jacobo de Vitri afirma que los beduinos reconocen por ascendientes á aquellos árabes que, á lo que se dice, fuéronlo también de Mahoma, y profesan el principio de que, no pudiendo prevenir ni retardar el día señalado por Dios para su muerte, no deben marchar jamás á la pelea con armas defensivas, por esto no usan sino una simple camisa ó túnica y en la cabeza llevan además del gorro encarnado una especie de velo como las mujeres. Carecen esos bárbaros de fe no sólo para con los cristianos sino también respecto de los musulmanes; son falsos, inconscientes, codiciosos, falaces en sus obras, y se dan siempre al partido más fuerte. Como no tienen estancia ni morada fija, suelen marchar por tribus de llano en llano, buscando verdes pastos, alimentándose de leche, durmiendo sobre pieles de animales, y llevando consigo numerosos rebaños; ociosos siempre, abandonan á las mujeres el cuidado de sus bueyes y ovejas.

Este retraso, trazado hace ya muchos siglos, es todavía muy parecido, ni un rayo de luz de la civilización ha proyectado siquiera un tinte, un rasgo simpático en aquel cuadro; pero la justicia, la imparcialidad histórica obliga á hacer advertir que, á pesar de aquellas malas cualidades suyas, que son por desgracia reales, el beduino suele ser accesible á los sentimientos generosos y rara vez hace traición al extranjero que se entrega á él con confianza. En medio de su degradación el hombre en algún caso ha de dar señales de ser moral; la degradación rebaja, no destruye.

«Los árabes, dijo M. de Chateaubriand, así en Judea como en Egipto y Berbería, me han parecido de estatura más bien alta que pequeña; de altivo continente, son ligeros y de perfectas formas. Tienen ovalada la cabeza, la frente despejada, aguileña la nariz, grandes los ojos y una mirada suave y penetrante. Nada en ellos descubriría al salvaje á permanecer con los labios cerrados; pero hablan y dejan oír un lenguaje gutural y fuertemente aspirado y enseñan unos dientes largos y de deslumbrante blancura, semejantes á los de chacales y panteras. En esto se distinguen del salvaje americano, en el cual la ferocidad reside en la mirada y en la boca la expresión humana.

»Las mujeres árabes suelen tener proporcionalmente estatura más elevada aún que la de los hombres; de aire distinguido y noble, por la regularidad de sus facciones, por la belleza de sus formas y la dispo-

ción de sus arreos recuerdan algo las estatuas de las musas y sacerdotisas. Pero esto ha de entenderse con ciertas restricciones, ya que las más de las veces aquellas hermosas estatuas van cubiertas de harapos; un aspecto de miseria, de suciedad y de angustia degrada sus correctas formas, y una tez quemada del sol disimula la regularidad de su semblante. Para ver á aquellas mujeres como las he pintado conviene contemplarlas de lejos y abrazar el conjunto sin descender á pormenores.

»La generalidad de los árabes usan una túnica ceñida por un cinturón; ora dejan caer una de sus mangas y quedan así ataviados á la antigua usanza, ora se envuelven con una manta de lana blanca que les sirve de toga, de copa ó de velo según se envuelvan en ella, la coloquen en sus espaldas ó la pongan sobre su cabeza. Andan descalzos, y van armados con un puñal, lanza ó espingarda. Las tribus viajan en convoy y los camellos marchan uno en pos de otro; el delantero va atado con una cuerda de pelote á la cola de un asno que sirve de guía á la recua y que, como cabeza, está exento de carga. Los camellos de tribus ricas suelen ir adornados con cintas, banderolas y plumas.

»Los caballos, según sea su sangre, son tratados con más ó menos distinción, pero siempre con rigor extremado. En vez de ponerlos á la sombra déjanlos expuestos á los ardorosos rayos del sol, atados por los cuatro remos ó estacas clavadas en tierra, lo que les priva de todo movimiento; jamás se les quita la silla, no beben más que una vez al día y pasan las veinticuatro horas con un solo pienso de cebada. Tan duro trato, en vez de perjudicarlos, los hace sobrios, pacientes y veloces. Muchas veces me he detenido á mirar á un caballo así encadenado en la abrasada arena, con las crinas esparcidas, la cabeza baja como para buscar la sombra de su propio cuerpo y dirigiendo con su encendida pupila una oblicua mirada á su amo. Cuando libre de sus ataduras siente á aquél sobre la silla, en su vigor, en su veloz carrera trae á la memoria el caballo cantado por Job.

»Cuanto se dice de la pasión de los árabes por los cuentos y relaciones es cierto, y de ello citaré un ejemplo. Durante la noche que pasamos en la ribera del mar Muerto, los hombres de nuestra escolta se sentaron alrededor del fuego, con el fusil puesto en tierra á su lado; los caballos, atados en estacas, formaban otro círculo exterior. Después de haber tomado café y hablar mucho, quedaron todos en silencio excepto el jeque, y á la luz de la llama podía yo ver sus expresivos ademanes, su barba negra, sus dientes blancos y las varias formas que imprimía á su manto al ir avanzando en su relato. Oíale sus compañeros con atención profunda; inclinados hacia adelante, con el rostro